

ENTEROS Y QUEBRADOS.

ADICION

Á LOS

POLÍTICOS EN CAMISA

Y Á LA MORRALLA,

POR

EL JESUITA.

TOMO IV.

MADRID:

IMPRENTA DEL SIGLO Á GARGO DE IVO BIOSCA.

Calle de la Manzana, núm. 15, cuarto bajo.

1847.

DON ANTONIO BENAVIDES.

La importantísima advertencia con que hemos cerrado el tomo anterior puede servir de prólogo de este, y no tenemos de consiguiente ninguna necesidad de manifestar á nuestros lectores la mira que nos llevamos en este apéndice de apéndices, coleta de coletas y suplemento de suplementos. En la conclusion del tomo precedente hemos dicho todo lo que acerca de este particular pudiéramos decir ahora. Al designar esta adición con el título de **ENTEROS Y QUEBRADOS**, bien se echa de ver que nos proponemos poner en camisa hombres de muy distintos calibres, hombronazos y hombrecillos, notabilidades políticas de grande importancia y monicacos que no tienen ninguna. Este tomo va á ser muy divertido, por lo mismo que va á ser muy variado; á algunos les

tendremos mucho rato á la vergüenza, y á otros les despacharemos en un minuto, les haremos asomar la cabeza por los bastidores ó cuando mas atravesar las tablas como quita sillas, sin consentir que se detengan en ellas. Por de pronto el primero que se nos cae de la pluma es D. Antonio Benavides, quien sin duda alguna, viendo que hemos tardado tanto en ocuparnos de él, habrá creído que le teníamos ya olvidado. Imposible: ¿cómo habíamos de olvidar nosotros á un sugeto de circunstancias tan tan tan..... en fin, de las circunstancias siguientes:

Empecemos diciendo que D. Antonio Benavides tiene un tío ¡pero qué tío! un tío que es nada menos que académico de la de Historia y que se llama nada menos que D. Martin Fernandez Navarrete. Esto es lo único que podemos decir del tío y aun nos parece demasiado. Su sobrino fué colegial en el colegio de San Bartolomé y Samigo, que hoy por el nuevo plan de estudios ha ascendido á la categoría de real. Algo ha contribuido Benavides á esta transformacion, y Benavides no suele hacer cosa alguna por el solo gusto de hacerla. Asi es que los que conocen su positivismo la han dado en decir que si hoy es real el colegio que antes no lo era, él tendrá sus razones; pero nosotros no hacemos caso de habladurias. Mas adelante fué Benavides colegial en el mayor de Santa Catalina y Santa Cruz de la Fé en Granada.

Todos estos antecedentes son de muy poco interes, y solo hacemos mencion de ellos para manifestar

que á Benavides le seguimos la pista desde mucho tiempo, que hace años y años que somos sus odómetros, y que nadie sabe mejor que nosotros el camino que ha hecho desde que era estudiante hasta que fué y dejó de ser ministro. Por lo demas, no importa maldita de Dios la cosa el saber que tiene un tio que se llama Fernandez Navarrete y que ha sido colegial en San Bartolomé y en el mayor de Santa Catalina y en Santa Cruz de la Fé, donde allá por los años de 1827 ó 1828 recibió el grado de doctor.

Importa sin embargo algo mas saber que, recién graduado de doctor, hizo D. Antonio oposicion á una cátedra de jurisprudencia habiendo á la sazón tres vacantes. Tan mal dotadas estaban estas cátedras que apenas se encontraba quien las pretendiese; con todo, como hasta el trigo es limosna, no faltó á cada cátedra un opositor desesperado. Era uno de ellos un tal D. Antonio Herrasti, que es hoy ministro del tribunal mayor de cuentas; el otro un tal Barrea, en la actualidad decano de la Facultad de Jurisprudencia en Granada, y por último era el tercero el inclito personaje cuya verdadera historia estamos refiriendo. Sucedió en estas oposiciones una cosa extraordinaria, una de que acaso no hay ejemplo en los anales de las oposiciones, y que no podia pasar mas que en España, donde pasan cosas que no pasan ni pueden pasar en ninguna otra parte. Sucedió, como hemos dicho, que habia tres cátedras vacantes, y, como hemos dicho, su-

cedió tambien que con no poco trabajo se consiguió que hubiese tres opositores, lo que en resumidas cuentas quiere decir que habia cátedra por barba. Para que ninguno de los opositores dejase de obtener la cátedra á que aspiraba, era menester que se le aprobase la oposicion, y á ninguno se le podia reprobar la oposicion por el sencillo motivo de ser mutuamente censores los unos de los otros. Eran los opositores, como queda indicado, Herrasti, Barrea y Benavides, y los censores ó jueces del concurso eran Benavides, Barrea y Herrasti. Herrasti y Barrea dieron cátedra á Benavides; Benavides y Herrasti dieron cátedra á Barrea, y Barrea y Benavides dieron cátedra á Herrasti. Hé aqui lo que se llama ser agradecidos los hombres; hé aqui lo que se llama corresponder mutuamente á las finezas. Lo estupendo en este caso no está en el modo como se portaron los opositores, pues es muy natural que una mano lave la otra y las dos la cara; es seguro que cualquier otro hubiera hecho lo mismo que hicieron Benavides y sus contrincantes hallándose en circunstancias análogas. No faltaba mas sino que los opositores se hubiesen reprobado reciprocamente, ó que uno de ellos, despues de haber aprobado á los otros dos, se hubiese visto reprobado por estos. Si en Francia, ó en cualquier otro pais mas ó menos civilizado que el nuestro, se establece entre opositores y censores la misma reciprocidad que hubo en el Mayor de Santa Cruz de la Fé, es

seguro que como haya una cátedra para cada opositor, ninguno de ellos dejará de ser catedrático; pero tambien es seguro que semejante reciprocidad es en todas partes imposible menos en España, donde todo es posible.

Infatuóse no poco el célebre Benavides viéndose catedrático de término cuando apenas habia concluido la carrera, pero los que sabian las circunstancias á que debió la cátedra se reian de estas circunstancias y mas aun de su fatuidad. Sin embargo, su oposicion á cátedra la alegó como mérito para aspirar á una posicion mas lucrativa, y apoyado en la influencia de su tio, que era el mas cariñoso de los tios, en menos que canta un gallo obtuvo de Calomarde la plaza de fiscal de la Audiencia de Puerto Rico, que es, segun dicen, un hocado muy nutritivo y sabroso. Estas cosas, que son para Benavides grandes acontecimientos, sucedian en el año de 1831 ó 1832 de la era cristiana, lo que prueba que en 1831 ó 1832 habia ya en España para Benavides grandes acontecimientos. Despues de permanecer algun tiempo en Ultramar, regresó á la Peninsula firmemente persuadido de que con el giro que habia tomado la política de la Metrópoli, le era fácil crearse en la Peninsula una posicion tan ventajosa como allende los mares. Benavides sabia todo lo que tiene de verdad el refran que dice: rio revuelto ganancia de pescadores; conocia que un hombre de su carácter y de su temple no podia dejar de sacar un

buen partido de las circunstancias, y sabia los medios de que habia de valerse para explotarla en beneficio propio. Comprendió perfectamente que para llegar á ser alguna cosa de provecho tenia necesidad de ser diputado, y para ser diputado comprendió tambien perfectamente los medios de que habia de valerse. Examinó una tras otra todas las provincias de España, se hizo cargo del terreno, de la topografía, de la indole de cada una ; y conociendo que en muchas de ellas le seria imposible obtener un solo voto, para no debilitar sus fuerzas dividiéndolas, dirigió todos sus medios de accion á la provincia de Jaen. Esta provincia es la única en que podia presentarse como candidato sin esponerse á una derrota segura, porque era á la sazón una provincia muy escasa en hombres dignos de representarla, y no tuvo de consiguiente que luchar con grandes pretensiones rivales. Por otra parte, como á la provincia de Jaen corresponde el pueblo de Villacarrillo, el cual tiene la alta honra de ser cuna de nuestro héroe, ayudado este de su numerosa familia, que es casi igual á la de Pacheco, consiguió salir diputado por los votos de su familia, los cuales por sí solos eran capaces de contrabalancear á su favor la votacion dirigida á cualquier otro. Aqui empieza verdaderamente la vida política de D. Antonio Benavides.

La ingratitud es el defecto que mas odioso vuelve á un hombre, y Benavides hizo desde luego todo lo posible para que no se le pudiese tachar de in-

grato. No lo fué en efecto ni con su parentela ni con el pueblo de Villacarrillo, donde constituyó un juzgado desmembrando los de Cazoria y Segur de la Sierra, por no unirle á estos pueblos ningun motivo de gratitud. Benavides hizo santísimamente; los deberes que le imponía la conciencia estaban de acuerdo con su interes individual. Al cabo ninguna legislatura es eterna, ni el cargo de diputado es vitalicio, y si se hubiese portado mal con el pueblo de Villacarrillo, perdía para siempre el derecho de pedirle la alta honra de ser su representante en las córtes. Aunque Benavides es de los que mejor saben aprovechar el tiempo, una sola legislatura podía no bastarle para el cumplimiento de sus miras, y trató por lo mismo de corresponder debidamente al pueblo que le habia favorecido con sus sufragios para que no se los negase en otra ocasion en que de ellos tuviese necesidad. Ya sabe Benavides donde le aprieta el zapato. A mas de que ¡es tan dulce para ciertos hombres mangonear, farolear, mandar y tener instrumentos que sirvan á su ambicion personal! La reina es reina de España, y de consiguiente lo es tambien de Villacarrillo, si bien hay en Villacarrillo quien parece casi participar de su trono y ayudarla á llevar la corona. La casi magestad de Villacarrillo es hasta cierto punto Benavides, diria Larra; en Villacarrillo Benavides es casi un rey, es casi mas que un rey, es casi un soberano absoluto, un casi dictador que hace casi todo lo que le dá la gana,

sin que casi nadie le pida cuenta de sus actos. Es casi irresponsable como un rey casi constitucional, con la sola diferencia que un rey es irresponsable porque nada hace, y Benavides es casi irresponsable haciendo cuanto se le ocurre, aunque no creemos que se le ocurra nada malo. No falta mas sino que en el juzgado de Villacarrillo sea Benavides el código que rija, de suerte que allí la justicia no tenga otro objeto que proteger á la familia de Benavides. De este modo bastará ser pariente de Benavides para tener razon en Villacarrillo, y aun podria arreglarse todo de modo que en Villacarrillo no se pudiese tener razon sino siendo pariente de Benavides. Cuidado que no decimos que la razon no se dé á quien la tenga, como asi debe ser, sea ó no de la familia de Benavides, aunque lo que uno tiene no necesita que se lo den. Y aqui viene como pedrada en ojo de boticario el epigrama que dice:

Porque tenia razon
queria el pobre Narciso
que se la diese Ramon,
y este dársela no quiso.
—A usted nunca le daré
la razon—¿Y por qué no?
—Porque si la tiene usted,
¿cómo he de dársela yo?

No ha habido otro en el mundo como Benavides,

tan amigo de figurar y de darse importancia. Benavides para hacerse célebre es capaz de meterse á cura, como dicen que lo ha hecho ó lo va á hacer el nunca bien ponderado Roca de Togores, quien fastidiado de las vanidades mundanas, emplea en rezar y en oír misa el tiempo que le deja libre la lectura de los sermones del padre Lacordaire, á los que atribuye la generalidad la magnífica conversión del ex-ministro. También Benavides para adquirir celebridad es muy capaz de parodiar al emperador Carlos V. Benavides sería un magnífico fraile, como la mayor parte de los moderados, quienes lo mismo que los frailes son egoístas, lo mismo que los frailes son hipócritas, lo mismo que los frailes aspiran á dominar el país, y ningún medio les parece repugnante con tal que les conduzca á este objeto. ¡Oh! Benavides haría un buen fraile que nada dejaría que desear.

Para adquirir celebridad, en 1840, después del pronunciamiento de setiembre, se condenó voluntariamente á dar un paseo en el vecino reino; paseo que como el de tantos otros se calificó de destierro inicuo, de ostracismo insoportable. Seguir de lejos ó de cerca á la ex-regente en un país extranjero era en aquella época una medida que la aconsejaba el buen tono, y entre las notabilidades moderadas emigraron para seguir la moda una infinidad de botarates, un número inmenso de *dandis* que no eran conocidos más que de su familia, y que

maldito si habia progresista alguno que tuviese noticia de su existencia. Hasta muchachos que iban á la escuela, por los compromisos contraidos á favor de Doña María Cristina, se creyeron poco seguros en España y abandonaron el suelo natal que, segun ellos, era presa de los horrores de la anarquía. ¡Pobres muchachos! ¡Por su adhesion á la reina madre verse obligados á atracarse en Francia de pan blanco y de gallinas, y á gastar los mejores días de su juventud en los tristes desiertos del aridísimo Paris! ¡Pobrecitos!

Aquella farsa de espatriacion, que era un sangriento sarcasmo dirigido á los verdaderos proscritos, pareció á Benavides muy digna de un hombre de su catadura que aspiraba á contraer méritos para mas adelante, y que conocia que con el tiempo habia de servirle de glorioso antecedente y de llave la mas propia para abrirse las puertas de un envidiable porvenir. Inútil es decir que los emigrados del año 40 á fuer de emigrados no pensaban mas que en conspirar. No hay emigrado que no conspire, y con tanta mas razon habian de conspirar los moderados que sobre ser emigrados y conspiradores por naturaleza solo para conspirar emigraron. Paris era el centro de donde partian los hilos de la trama urdida contra la situacion creada en setiembre. Benavides, como se supone, no era indiferente á las maquinaciones liberticidas de los emigrados del año 40, y tomó parte en el motin del 41 penetrando en la

Península clandestinamente, despues de haber exagerado su importancia á los ojos de los demas conjurados, á quienes haria ver que le bastaba una ligera insinuacion para levantar contra Espartero su pais, pues lo tenia todo metido en un puño. Por supuesto estas cosas necesitan dinero, y convencido el club de esta necesidad facilitaria al intrépido D. Antonio los fondos que creyese convenientes, y D. Antonio se introduciria en España clandestinamente y afectando mucho arrojo como hombre que se juega la vida en una empresa; pero á pesar de la influencia de que blasonó y de los recursos que se le suministráran, nada hasta ahora ha indicado que hiciese para conseguir su objeto y dar cumplimiento á su comision todo lo que debió hacer. No diremos que Benavides hiciera á la sazón lo que han hecho otros muchos en esta tierra de pronunciamientos. De algunos bemos oido decir que por espacio de algunos años no han vivido de otra cosa que de embaucar á los que han deseado una conmocion haciéndoles ver que ellos tenian en su mano medios para provocarla pero que al efecto necesitaban dinero. Algunos papamoscas han aflojado la mosca con todo el generoso desprendimiento del que cree que para salvar ó hacer triunfar un principio se necesita hacer un sacrificio. ¡Felices los que sueltan el peculio si el que se lo hace soltar no se va derecho á la policia á delatarles como conspiradores! ¡Cuántos han gemido en hondos calabozos, victimas de su buena fé explotada por un picaro policiano!

¡Cuantos sin saberlo han dado dinero á los mismos que lo cobran del gobierno para tender la red á las almas pacatas! Esto sin embargo no es lo mas comun ; los policianos y espías, por mas que se disfracen de caballeros y de hombres de bien, tienen distintivos tan pronunciados que cualquiera les conoce hasta con el olfato. Pero los que han abundado, particularmente en la corte, por espacio de muchos años son ciertos industriales que fingiendo ser conspiradores y trabajar para hacer un pronunciamiento, han explotado como una mina el bolsillo de sus generosos compatriotas. Algunos hasta se han enriquecido. Su industria, aunque no se haga de ella mencion en el registro de contribuciones, ni conste en ningun manual de artes y oficios, es una industria como cualquiera otra. ¡Tan cierto es que estamos en el siglo del progreso de las artes!

Y no se crea que esos especuladores de nuevo género fuesen en su mayor parte unos perdularios. *Rien moins que cela.* Habia entre ellos hasta hombres que mas de una vez se han sentado en los escaños del congreso. En esto está el busilis. Para hacer soltar el peculio era menester inspirar confianza á las almas cándidas, y tener al efecto cierta suposicion, cierta representacion social. Los industriales dichos tienen buen cuidado en dar colorido á la trampa, procurando al efecto que haya una pequeña farsa de levantamiento para hacer ver que han aplicado el dinero al objeto que tienen manifesta-

do, á no ser que coincida casualmente con sus miras una conmocion hija esclusivamente de la impaciencia de las masas, en cuyo caso se la atribuyen á si mismos y les sirve perfectamente para salir de toda especie de compromiso. El pronunciamiento del año 1843 es el que ha enriquecido á un número mayor de especuladores de todos los partidos, como que aquel pronunciamiento se hizo á fuerza de dinero. De todas partes salian emisarios de tomo y lomo perfectamente dotados para propagar la insurreccion, y entre estos los hay en la actualidad que gastan coche. A los emisarios que fueron á sublevar las provincias de Cataluña, que por cierto se llamaban progresistas y algunos pasan todavia por tales, no sabemos cuanto les costó el levantamiento, pero sí que para hacerlo habian percibido muchos miles. Igualmente habian percibido muchos miles los emisarios que se encargaron de pronunciar á Aragon, de los cuales uno pasaba á la sazón por progresista avanzado, pero es de los que volvieron la casaca, y en la actualidad pertenece en cuerpo y alma al partido moderado. En Zaragoza el pronunciamiento se redujo á un insignificante y asqueroso motin que fué desde luego destruido por la milicia nacional, y al emisario no le costó mas que algunos cuartillos de aguardiente que, segun se dice, se adeudan todavia al tabernero. Con todo lo que hubo, aunque no fué nada, seria lo suficiente para que el emisario pudiese decir que habia consagrado todo el dinero que percibió al objeto para el cual se lo entregaron.

Algo parecido á lo de cuarenta y tres debió suceder en cuarenta y uno. Nosotros tenemos noticia de una carta que el desgraciado Montes de Oca dirigió á D. Leopoldo O'Donnell, en la cual aquel infeliz se quejaba amargamente de la falta de palabra de los que prometieron contribuir al éxito de su empresa, trataba á sus correligionarios de cobardes y poco caballeros, y acriminaba en general á los que despues de haber ofrecido ausiliarle con sus fondos no le favorecian con ninguno de los recursos que las circunstancias hacian indispensables. ¿Tiene alguna noticia el Sr. Benavides de esta carta? Es un documento importante que merece llamar muy principalmente la atencion del que se ocupe de la historia de aquellos sucesos ; basta leer aquella carta para conocer que Montes de Oca tenia corazon y cabeza. Porque tenia corazon y cabeza tiene ahora la aureola de los mártires. ¿Por qué no le auxiliaron sus correligionarios, sobre todo los que le ofrecieron hacerlo? ¿Por qué Narvaez se quedó en Gibraltar, mientras O'Donnell se jugaba la vida en Pamplona , Montes de Oca en Vizcaya y Concha y Leon en Madrid? ¿Narvaez tuvo miedo? ¿O aguardaba tal vez que probasen fortuna los que mas sombra le hacian para poder él mas adelante elevarse sobre todos sin ningun obstáculo? ¡Quien sabe! ¡La ambicion sofoca tantas veces la conciencia! Segun se dijo, Narvaez salió de Paris para ponerse al frente de la sublevacion en Andalucía , y se quedó en Gibraltar. ¿Pero quién nos

mete ahora en honduras de que es imposible salir? Dejemos en paz á Narvaez que ya le llegará su turno, y volvamos á Benavides, de quien se ha dicho que era el encargado de ausiliar con fondos á Montes de Oca. Pero asunto es ese demasiado delicado para que digamos de él todo lo que decir quisiéramos.

Arrojado de nuevo de España por la tempestad de octubre, no regresó á la Península hasta que cayó Espartero. Tenia el apoyo de Narvaez, que entonces valia mucho, pero le faltaba el apoyo de Doña Maria Cristina, que valia mucho mas. A Narvaez debió el ser ministro del tribunal supremo de Guerra y Marina, que es un buen bocado, y luego gefe politico de Madrid, que tampoco es un bocado despreciable. A Doña Maria Cristina debió tal vez el no llegar á ser ministro en varias ocasiones en que se dijo haberle propuesto Narvaez. Las simpatías que le unian á este son muy naturales; un hombre como Narvaez no puede dejar de simpatizar con un hombre como Benavides. Pero las antipatías de Doña Maria Cristina no se conciben sino dando oidos á ciertos rumores que han circulado relativos á la conducta de aquel cuando los sucesos de octubre. Atendido el carácter de Benavides y el de Doña Maria Cristina, no todo lo que se ha dicho acerca de sus disidencias parece destituido de fundamento. Sin duda alguna los resentimientos que contra Benavides ha concebido Doña Maria Cristina son de gran calibre cuando hasta ahora no han podido ser olvidados.

:

Los que hemos visto á esa gran señora reconciliarse con Gonzalez Brabo, con el cínico folletinista que la aplicó apodos que llegan á la honra, y que nosotros, que no somos cortos de genio, no nos atrevemos á repetir para no manchar esta obra, debemos decir de la duquesa de Rianzares que tiene un corazon sin hiel, una condicion blanda, un carácter indulgente; y sin embargo, con tan buen corazon, con tan buena condicion, con tan buen carácter no ha podido en mas de tres años que ella y Benavides se dirigen á un fin politico común, pasar la esponja del olvido sobre los resentimientos concebidos contra Benavides. Lejos estamos nosotros de creer que una señora tan opulenta como la esposa de Muñoz perdone más fácilmente una ofensa que llegue á la honra que una que puede afectar sus intereses particulares. Lejos estamos de creer que el rencor que Doña María Cristina profesa al parecer á Benavides sea efecto de ambicion ó de miras privadas. Mas vale creer que la antipatia de esa señora no tiene ningun origen conocido, que es instintiva, que nace sin saber ella misma de qué; Benavides le repugna sin poderlo remediar: afectos de este género son muy comunes, especialmente en el sexo hermoso.

Benavides regresó á España en el año 43 con la pretension y la esperanza de ser ministro, y para conseguirlo, cuando vió que el partido moderado se dividia en fracciones, se declaró amigo de todas sin arrojarse completamente en brazos de ninguna para

no escluirse de ninguna combinacion. Adoptó una política de tira y afloja, afectó un espíritu de reconciliacion que le permitia simpatizar con todos, pero ni por esas; cada dia caia un ministerio, cada dia se presentaba una candidatura, y en uinguna se leia su nombre. No habia paciencia para tanto; motivos tenia para desesperarse, para volverse loco, para echarse de patitas al canal. Vió unas tras otras subir y caer todas las notabilidades de su partido, vió, agotadas las notabilidades, llegar la tanda á todas las medianias, vió encaramarse al poder una clase de gente que ni servian para alcaldes de barrio, y á él nunca le tocaba el turno, nadie se acordaba de él, se prescindia de su persona como si no fuese persona. ¡Cuanta ingratitud! ¡qué postergacion tan escandalosa! ¡Un hombre como Benavides no poder llegar á ser ministro en una nacion en que llegó á serlo hasta Gonzalez Brabo! ¡El que queria pasar por caudillo, verse pospuesto á los últimos reclutas! ¡Tener que devorar la afrenta de que antes que de él se echase mano de Roca de Togados! No sabemos como no se murió de soberbia ó de vergüenza. Sin duda alguna mas de una vez se presentaria á Narvaez quejándose del abandono en que se le tenia, pero Narvaez era quizas impotente para vencer el obstáculo que impedia que su buen amigo se repantigase en la dorada silla. ¿Qué es Narvaez al lado de Doña Maria Cristina, cuyas repugnancias se sublevarian todas á la vez tan solo al oír pronunciar el nombre de Benavides?

¡Aleluya! Dios tuvo al cabo piedad del pobre D. Antonio; Doña María Cristina salió de España, y al parecer se allanaron todos los inconvenientes que impedían que Benavides llegase al culminante puesto á que la ambición le llamaba. ¡Aleluya! Con la salida de Doña María Cristina cayeron los ultramoderados, y los puritanos subieron al poder. Benavides no era puritano, pero tampoco figuraba como exclusivista en la fracción ultramoderada, y los conservadores creyeron poder valerse de él sin disgustar á los ultramoderados ni indisponerse con sus amigos. ¡Hossanna! Por fin, después de tanto esperar, Benavides fué ministro. Ya era hora; con paciencia todo se alcanza.

Después de tanto esperar Benavides fué ministro, y no ministro como los otros, sino ministro del ministerio Pacheco, que, en el caso de ser ministro, es lo menos ministro que se puede ser. Ya hemos dicho en el tomo anterior hablando de Pacheco que el ministerio que Pacheco organizó nada hizo absolutamente, y de consiguiente no hay para qué ocuparse, puesto que Benavides fué ministro del ministerio Pacheco, de Benavides considerado como ministro. Nada hizo, como no sea hacer algo contribuir á que no hiciesen nada los otros. Tal vez hubieran hecho, no mucho, Pacheco y sus colegas, si Benavides no hubiese neutralizado con la poca acción que él tiene la poca acción de sus compañeros. No creemos, sin embargo, como algunos que Benavides

fuese la manzana de la discordia del ministerio Pacheco, cuyos individuos estuvieron siempre como perros y gatos, de suerte que aquel ministerio era todo confusion y behetría, era una España en pequeño.

Ya hemos visto cuan amante es Pacheco de su familia y de la familia de su muger, pues sépase que Benavides no lo es menos. Fué tal la profusion de destinos que repartió entre sus parientes y paniaguados, que si para colocar á estos no hubiese tenido la precaucion de quitar á otros, en ninguna oficina de España hubiera cabido una mosca. ¡Jesus! ¡Jesus! En solo el gobierno político de Madrid dió colocacion á diez y nueve escribientes. Por lo demas, tuvo en la eleccion de empleados, sin salir del círculo de su parentela, un acierto tan grande que no puede apetecerse mayor. Colocó en Guadalajara de gefe político á un cuñado suyo, el cual, entre otras cosas que hizo que son verdaderas maravillas, dió un bando sobre pobres y otro sobre pósitos que no hay mas que desear. Para su gloria le bastaban al cuñado de Benavides sus dos bandos, y para la suya á Benavides le bastaba el nombramiento de su cuñado.

La ausencia de Doña María Cristina no debilitó sus odios. Ni aun siendo ministro segun dicen pudo conseguir Benavides que la augusta señora le dejase en paz. Pero siendo ministro pudo evitar por de pronto el golpe terrible con que le amenazaba su inexorable contraria, la cual parece dió poderes á Chico para de-

mandarle en justicia. Benavides cortó por lo sano, como suele decirse; á grandes males grandes remedios: sin encomendarse á Dios ni al diablo, hizo salir á Aviraneta y á Chico desterrados de la corte. Semejante medida merece colocarse en la categoría de las desesperadas; es un golpe de estado, porque Chico y Aviraneta son dos poderes durante la dominación de los hombres que solo á la policía deben el derecho de dormir algunos ratos con tranquilidad. Tal vez el remedio era peor que la enfermedad; pero Benavides es filósofo, y sabe que entre dos males se ha de optar por el mas remoto.

Concluamos. Benavides es como hombre de parlamento uno de los mas notables. Argumentador ingenioso y diestro, tiene una elocuencia positiva como su carácter. Va siempre al grano: su palabra es substanciosa, nutritiva; habla con razones. Envuelve al mas astuto, hasta al mismo Arrazola, en las inextricables redes de su dialéctica severa. Encuentra sobre cualquier materia argumentos nuevos, cuando parecen ya todos agotados, y es el mas hábil que se conoce para hallar la parte vulnerable de una cuestión. Certero como el hermano de Hector, hiere á sus adversarios en el único punto que no ha bañado el agua del lago Estigio; mata á Aquiles clavándole la flecha en el talon. Entra siempre por la brecha; siempre amenaza el flanco descubierto. ¡Qué lástima que un hombre como él, con tanto talento, quiera todo reducirlo á substancia propia!